

Timothy Snyder



**NUESTRA
ENFERMEDAD**

Lecciones
de libertad
en un diario
de hospital

Galaxia Gutenberg

TIMOTHY SNYDER

Nuestra enfermedad

Lecciones de libertad
en un diario de hospital

Traducción de
María Luisa Rodríguez Tapia

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Edición al cuidado de María Cifuentes

Título de la edición original: *Our Malady. Lessons in Liberty from a Hospital Diary*

Traducción del inglés: María Luisa Rodríguez Tapia

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2020

© Timothy Snyder, 2020
Reservados todos los derechos
© de la traducción: María Luisa Rodríguez Tapia, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 17885-2020
ISBN: 978-84-18218-77-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Ahora vemos oscuramente por medio de un espejo, pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré plenamente, así como fui conocido.

1 Corintios, 13:12

Índice

Prólogo. Soledad y solidaridad	13
Introducción. Nuestra enfermedad	25
Lección 1. La asistencia sanitaria es un derecho humano	35
Lección 2. La renovación empieza por los niños.	77
Lección 3. La verdad nos hará libres	99
Lección 4. Los médicos deben estar al mando	131
Conclusión. Nuestra recuperación.	157
Epílogo. Rabia y empatía.	167
Agradecimientos	173
Notas	177

Nuestra enfermedad

Prólogo

Soledad y solidaridad

Cuando me admitieron en urgencias, a medianoche, utilicé la palabra *malestar* para describirle al médico cómo me encontraba. Me dolía la cabeza, sentía hormigueo en las manos y los pies, tosía y casi no podía moverme. De vez en cuando, tenía escalofríos. El día que acababa de comenzar, el 29 de diciembre de 2019, podría haber sido el último para mí. Tenía un absceso del tamaño de una pelota de béisbol en el hígado, y la infección se había extendido a la sangre. En aquel momento no sabía todo eso, pero sí que me estaba pasando algo muy grave. «Malestar», claro está, significa debilidad y cansancio, la sensación de que todo va mal y no hay nada que hacer.

Malestar es lo que sentimos cuando tenemos una enfermedad. *Malaise* (malestar) y *malady* (enfermedad) son palabras muy antiguas, procedentes del francés y el latín, que se utilizan en inglés desde hace cientos de años; en la época de la independencia de Estados Unidos, significaban al mismo tiempo enfermedad y tiranía.

Tras la masacre de Boston, varios bostonianos prominentes escribieron una carta en la que reclamaban el fin de «la enfermedad nacional y colonial».¹ Los padres fundadores de Estados Unidos utilizaban *malaise* y *malady* tanto cuando hablaban de su propia salud como de la salud de la república que habían creado.

Este libro habla de una enfermedad; no la que he sufrido yo, aunque me ayudó a descubrir la otra, sino la que padecemos todos los estadounidenses: «Nuestra enfermedad pública», en palabras de James Madison.² Esa enfermedad nuestra incluye la dolencia física y la perversidad política que la rodea. Sufrimos una afección que nos cuesta libertad y una falta de libertad que nos cuesta salud. Nuestra política se ocupa demasiado de la maldición del dolor y demasiado poco de las bendiciones de la libertad.

Cuando enfermé a finales de 2019, hacía tiempo que estaba reflexionando sobre la idea de libertad. Como historiador, llevaba veinte años escribiendo sobre las atrocidades del siglo xx: la limpieza étnica, el Holocausto nazi y el terror soviético, entre otras. Recientemente había reflexionado y hablado sobre el hecho de que la historia nos defiende de la tiranía hoy y salvaguarda la libertad para el futuro. La última vez que comparecí en público, pronuncié una conferencia sobre cómo hacer de Estados Unidos un país libre.³ Esa tarde me encontraba muy mal, pero cumplí mi compromiso

y luego me fui al hospital. Lo que sucedió a continuación me ha ayudado a reflexionar más a fondo sobre la libertad y sobre Estados Unidos.

Cuando me puse ante el atril en Múnich, el 3 de diciembre de 2019, tenía apendicitis. Los médicos alemanes no se dieron cuenta. Mi apéndice reventó, y la infección llegó al hígado. Los médicos estadounidenses lo pasaron por alto. Así fue como acabé en las urgencias de un hospital de New Haven, Connecticut, el 29 de diciembre, con las bacterias inundando mi torrente sanguíneo, mientras seguía pensando en la libertad. En cinco hospitales, durante tres meses, entre diciembre de 2019 y marzo de 2020, tomé notas e hice bocetos. La conexión entre la libertad y la salud era fácil de comprender cuando no podía mover el cuerpo a voluntad y lo tenía conectado a bolsas y sondas.

Cuando miro las páginas de mis diarios de hospital, manchadas de solución salina, alcohol y sangre, veo que las partes de New Haven, escritas en los últimos días del año, tratan de las poderosas emociones que me salvaron cuando estaba cerca de la muerte. Una rabia intensa y una suave empatía me sostuvieron y me empujaron a volver a reflexionar sobre la libertad. Las primeras palabras que escribí en New Haven fueron «solo rabia, rabia solitaria». Nunca he sentido nada más

claro e intenso que esa rabia en plena enfermedad mortal. Me invadía en el hospital de noche y me proporcionaba una antorcha que se encendía en medio de una oscuridad como no había conocido jamás.

El 29 de diciembre, después de diecisiete horas en urgencias, me operaron el hígado. Tendido boca arriba en la cama, en la madrugada del 30 de diciembre, con los brazos y el pecho conectados a vías y sondas, no podía cerrar los puños, pero imaginé que lo hacía. No podía incorporarme apoyándome en los antebrazos, pero me vi haciéndolo. Era otro paciente más en otra planta de hospital más, con otros órganos más que estaban fallando, con otros vasos más llenos de sangre infectada. Pero no me sentía así. Me sentía como una versión inmovilizada y furiosa de mí mismo.

La rabia era de una pureza bellísima, sin ningún objeto que la mancillara. No estaba enfadado con Dios; aquello no era culpa suya. No estaba enfadado con los médicos y los enfermeros, personas imperfectas en un mundo imperfecto. No estaba enfadado con los peatones que caminaban libremente por la ciudad, fuera de mi habitación de sábanas retorcidas y tubos variados, ni con los repartidores que cerraban sus puertas de golpe, ni con los camioneros que tocaban la bocina. No estaba enfadado con las bacterias que celebraban el botín de mi sangre. Mi rabia no iba dirigida contra nada. Estaba furioso con un mundo en el que yo no estaba.

Estaba furioso, luego existía. La rabia proyectaba una luz que permitía ver mi silueta. «La sombra del solitario es lo extraordinario», escribí enigmáticamente en mi diario. Mis neuronas estaban despertándose. Al día siguiente, 31 de diciembre, mi mente empezó a recuperarse de la septicemia y la sedación. Ya era capaz de pensar durante algo más que unos cuantos segundos. Mi primera reflexión prolongada estuvo dedicada a la singularidad. Nadie había atravesado la vida como yo, tomando las mismas decisiones. Nadie estaba pasando Nochevieja en la misma situación y con las mismas emociones que yo.

Quería que mi furia me sacara de la cama y me llevara a otro año. En mi cabeza veía mi cadáver, su descomposición. La previsibilidad de la putrefacción era horrible. Siempre lo ha sido para todos los que han vivido. Lo que yo quería era la imprevisibilidad, mi propia imprevisibilidad, y mi propio contacto con la imprevisibilidad de otros. Durante varias noches, mi rabia fue mi vida. Estaba aquí y ahora, y yo quería más aquí y más ahora. Tendido en la cama, soñaba con tener unas cuantas semanas más, y después otras semanas más, en las que no sabría qué iba a ser de mi cuerpo ni qué iba a desarrollarse en mi mente, pero sí sabría que la persona que sentía y pensaba era yo. La muerte acabaría mi sentido de cómo podían y debían ser las cosas, de lo posible y lo bello. Y *esa nada*, «esa nada concreta», como escribí en mi diario, era contra lo que estaba furioso.

La rabia me acompañaba solo unos minutos cada vez, y me daba calidez además de luz. Sentía el cuerpo extrañamente frío, a pesar de la fiebre. El día de Nochevieja, en mi cama de hospital, quería que saliera el sol y me llenara la habitación. Quería que me rozara la piel. Después de tres días de temblores, necesitaba un calor que no fuera solo el mío, que se escapaba a través de las delgadas sábanas que se enredaban todo el tiempo entre las vías que me entraban en el pecho y el brazo. El amanecer invernal en Nueva Inglaterra, a través de una gruesa ventana, no es gran cosa; estaba viviendo en símbolos y deseos.

No quería que la antorcha que me ardía en la mente fuera una luz solitaria. Y no lo era. Vino gente a visitarme. Mi mujer levantó el estor y entró el pálido Año Nuevo. Cuando empezaron a llegar otras visitas, traté de imaginar cómo reaccionarían al verme impotente en la cama, pero no lo sabía. Recordé que algunos de los viejos amigos que iban a verme suelen decir que a los pacientes que reciben visitas curan mejor. Probablemente tienen razón: la salud depende mucho de estar juntos, en ese sentido y en muchos otros.

Una visita nos ayuda a estar solos. Estar juntos de forma solidaria permite regresar tranquilamente a la soledad. Con el mero hecho de aparecer, mis amigos despertaron recuerdos, cadenas de asociaciones hacia el pasado. Recordé un instante en el que una amiga me explicó esa

idea tan pragmática de por qué hay que visitar a los enfermos: años antes, yo había ido a visitarla, cuando era ella la que estaba enferma, y embarazada, en el mismo hospital en el que me encontraba yo ahora. Pensé en sus hijos y en los míos. Estaba empezando a aparecer otro estado de ánimo: una dulce empatía.

La rabia era cosa mía, mi deseo de ser un sonido y no un eco, de componer, y no descomponerme. No era una rabia contra nada, salvo todo el universo y sus leyes de la no vida. Durante una o dos noches, brillé con mi propia luz. Sin embargo, poco a poco y con suavidad, empezó a invadirme otro espíritu, que me sostuvo de forma diferente: el sentimiento de que la vida solo era verdadera vida si no giraba exclusivamente a mi alrededor. Esta actitud, como la rabia, me visitaba cuando estaba solo, cuando no podía hacer casi nada por mí mismo, cuando toda mi sensación de movimiento se limitaba a las imágenes que tenía en la cabeza. En ese estado de ánimo, tenía la impresión de estar en algún tipo de grupo, con otras personas, dando tumbos a través del tiempo. Cuando intenté dibujar el sentimiento en mi diario, el resultado fue una nave desigual y flotante. Ligeramente parecida a una balsa.

Una balsa se puede construir, con tiempo, a partir de distintas piezas. Yo formaba parte de una balsa, y había

otros también; íbamos flotando y avanzando juntos a empellones por las mismas aguas, a veces sin esfuerzo, a veces contra las rocas. Si mi tabla se hundía en las profundidades, la balsa volcaría o iría a la deriva. Algunas tablas de la balsa estaban más lejos de la mía, y otras, más cerca. Me recitaba a mí mismo de qué maneras estaban ligadas las vidas de mis hijos a la mía. Lo importante no era que yo fuera un individuo, sino que era *suyo*: *su padre*. Toda su existencia entrañaba la expectativa de mi presencia. Nunca habían dejado de tocarme. Sus tablas siempre habían estado atadas a la mía.

Imaginé las cosas que cambiarían sin mí, empezando por los detalles cotidianos que llenan el calendario mental de un progenitor: entrenamientos de fútbol, deberes de matemáticas, lecturas en voz alta. Comprendí con dolor que mis visiones de mi hijo sin mí y mi hija sin mí eran tan reales como mi vida anterior con ellos. Vi en mi cabeza cómo se desplegaba su futuro sin mí, y luego rebobiné.

Este vago reconocimiento de que mi vida no era mía, esta suave empatía, me alejó de la muerte. El sentimiento de que la vida se compartía empezó con mis hijos pero fue extendiéndose, como una colección desigual de listones de madera para construir la balsa. Avanzaba entre tirones y salpicaduras con todos los que conocía y quería, y todos sufrirían las consecuencias si yo me caía ahora. En este estado de ánimo no me sentía furioso,

sino que flotaba a la deriva mientras recordaba, pensaba, empatizaba.

La rabia me ayudó a verme a mí mismo, me ayudó a que el cuerpo y la mente se diferenciaran después de la conmoción. La empatía me situó entre otros. En ese estado, no era tan importante ser especial. Era importante estar dentro de otras personas, en sus recuerdos y expectativas, como un sostén en la configuración de sus vidas, una boya para las travesías difíciles. Si mi vida no era solo mía, mi muerte tampoco era solo mía. Al llegar a ese punto, volví a enfurecerme. No podía ser.

La empatía, aunque totalmente distinta de la rabia, actuaba en conjunción con ella. Cada estado de ánimo revelaba una verdad, un elemento dentro de mí. Ninguno bastaba por sí solo; necesitaba los dos. Necesitaba la antorcha y la balsa, el fuego y el agua, la soledad y la solidaridad, para sanar, para ser libre. Y lo que me ocurrió a mí, sospecho, les ocurre también a otros.